

La británica Rachel Seiffert explora las vidas cruzadas de los europeos

■ “Tal vez sea una boba, pero me emocioné con la llegada del euro”, afirma esta autora –una de las promesas de la narrativa inglesa–, que se ocupa de las conexiones cotidianas entre las personas que viven en Europa

XAVI AYÉN

BARCELONA. – En el universo literario en lengua inglesa, ser un chico *Granta* es como tener una plaza fija en el *dream team* del futuro. Cada diez años, esta revista británica escoge a los jóvenes autores más prometedores de su tiempo. En 1983, ahí estaban unos semidesconocidos Martin Amis, Kazuo Ishiguro o Salman Rushdie. En la lista del 2003, junto a Zadie Smith, Sarah Waters o Toby Litt, figura Rachel Seiffert (Oxford, 1971), conocida ya en España por su novela *El cuarto oscuro* (RBA) –la historia de cómo tres alemanes corrientes afrontan el nazismo–, y que ahora publica *Trabajo de campo* (Alpha Decay), once cuentos de temática paneuropea, cortados por el cuchillo de la salvaje historia del Continente. En ellos, vemos a ciudadanos ex comunistas adaptándose al capitalismo, a una niña que ve la muerte por primera vez en los ojos de una foca varada en la playa, o compartimos los remordimientos de un desertor de la Segunda Guerra Mundial. La escritora ha respondido por correo electrónico a este diario.

EUROPA EN CONTACTO. Se ha dicho que la temática de esta británica de origen alemán es la sutil relación entre la identidad individual y la memoria histórica. “Cuando vivía en Berlín –comenta–, muchas calles y estaciones tenían nombres polacos, de ciudades que bailaban de un país a otro según se moviera la frontera. Hay muchos polacos en Alemania, trabajando en la construcción o cuidando a las personas mayores. Me intrigan esos mundos aparte pero, a la vez, permanentemente en contacto. He intentado articular esta doble sensación de cercanía y extrañamiento a través de los personajes de Martin y Ewa, y de sus intentos y fracasos a la hora de comunicar-

se”. Confiesa: “Encuentro obstáculos, fronteras, historias personales difíciles que esconden la poderosa identidad colectiva europea. Me emocioné con la llegada del euro. Tal vez sea una boba, pero cuando veo todas esas banderas nacionales ondeando juntas no puedo evitar pensar que son países que hace poco estaban en guerra unos contra otros, me acuerdo de los millones de desplazados o asesinados, de las ciudades bombardeadas.



MICHAEL CRABTREE / REUTERS

Rachel Seiffert, en Londres en el 2001

¿Quién habría podido soñar que hoy estaríamos tan entrelazados? Estamos compartiendo, y eso es muy nuevo”.

VIDAS CRUZADAS. Países en contacto, pero sobre todo personas. “Hablo de la

necesidad de conexión humana. Vivo en un barrio de Londres muy castigado por los crímenes, la pobreza, las drogas o las tensiones raciales, pero, cuando estaba embarazada, las mujeres africanas me animaban en la parada de autobús o las tiendas, y compartían conmigo sus experiencias, haciéndome sentir muy bien”. A Seiffert se la compara con el pintor Hopper porque, como él, retrata “figuras humanas sumidas en una experiencia urbana”. “Si veo sus cuadros me pregunto: ¿y este personaje adónde irá ahora? Me gustaría que eso sucediera en mis libros”.

MINIMALISMO. “Estudié cinematografía y trabajé un tiempo como montadora de películas, así que estoy muy influenciada por la idea de economía narrativa. No uso muchos adjetivos, ni describo a los personajes con grandes detalles psicológicos. Corrijo y vuelvo a corregir, cortando todo aquello que no sea necesario. Lo mío no es ser especulativa y locuaz”.

HIJOS O CARRERA. Uno de los relatos, sobre un arquitecto que sufre una crisis nerviosa y se plantea que su sueño profesional puede haberse convertido en un infierno, ha sido visto como autobiográfico, dado que Seiffert abandonó su carrera en el mundo del cine. “La mayoría de los montadores que conocí –admitían– eran hombres que casi nunca veían a su familia, y las montadoras de éxito habían renunciado a tener hijos. Yo, en cambio, quería niños y pasar tiempo con ellos. No llegué a sufrir una crisis nerviosa, pero fue muy doloroso renunciar a mi carrera. Experimenté intensamente la duda y la incertidumbre, y eso a veces puede salvarte de la locura o la psicosis”.

NUESTRAS CALLES. “Me siento en casa paseando por cualquier ciudad europea –concluye–, desarrollada a lo largo de siglos, con arquitectura y calles de diferentes épocas. Me di cuenta al irme a vivir a Sydney, con esas enormes calles siempre en ángulo recto. Nueva York es otra ciudad cuadrícula, que crece verticalmente, muy estimulante..., pero extranjera”.